

Sur» encuentra amplio eco en algunos sonetos de «Brezo en Flor», donde convergen el existencialismo, la metafísica y un fuerte desasosiego vital que alumbran una cosmovisión especial, compensada siempre con una desbordada sensualidad y un lenguaje que no quiere nunca olvidar que el arte aspira siempre a ser materia artística, según preconizara Teófilo Gauthier.

José M^a OCAÑA VERGARA

*

EL PROFESOR JUAN BERNIER QUE YO CONOCI

Corría el año 1968 y en los albores de mi ejercicio profesional fui destinado a la entonces Escuela Normal de Córdoba, que estrenaba por aquellos días edificio, por cierto nada adecuado a su función, en el barrio del Sector Sur.

En el Colegio de Prácticas «San Juan de la Cruz», anejo a la entrañable Normal, ejercía como profesor, de los llamados «anejistas», un hombre ya en aquellos tiempos ilustre por su pluma hecha versos y por sus andanzas impregnadas de arqueología provincial que se llamaba Juan Bernier Luque.

Supe de él que fue amigo de mi padre desde su infancia, que ambos estudiaron juntos la carrera de Magisterio y que nuestras respectivas familias habían estado relacionadas, por razones topográficas y viajeras, desde mucho tiempo atrás.

Supe de él que era abogado, profesión por la que no sentía la más mínima vocación, si bien su estudio le había proporcionado una profunda formación humanística y una amplia y certera visión de las gentes y de su entorno más próximo, como diría Ortega y Gasset.

Supe de él que era académico y que entendía lo académico en el más claro sentido unamuniano y un articulista de prensa que cosechaba por ello unas escasas monedas y no pocos sinsabores.

Y todo lo supe por sus propias confesiones, en largas charlas y paseos por el arbolado patio de su colegio. Colegio en el que ejercía su labor docente, ciertamente tan poco vocacionado a ella como a la jurídica, pero a la que amaba como proporcionadora de su principal medio de vida. Por eso la ejercía con dignidad siempre y hasta con cierto entusiasmo a veces. Pude constatar a menudo que sus alumnos lo querían como a un padre y lo admiraban como a un sabio.

Otro tanto venía a ocurrir con los alumnos de la Escuela Normal que temporal o parcialmente asistían como aprendices a sus clases o realizaban con él las prácticas que la legislación del momento exigía.

Bernier fundamentaba sus principios pedagógicos en la tolerancia de quien se ve coronado de la sabiduría y es capaz de encauzarla hacia los demás. Por eso rechazó siempre, con humor y hasta con ironía, el autoritarismo en las aulas, aunque

éste se recomendara desde lujosos despachos, y el «didactismo» libresco tan propio de la época.

Eran años duros para la docencia. Las circunstancias políticas amordazaban las libertades y ponían freno o al menos alicortaban con frecuencia y sin escrúpulos todo arranque de creatividad. El docente estaba obligado al sacrificio, incluso al que toca la raya del heroísmo. Por eso al entrar en vigor el plan de estudios de 1967 —émulo del nunca bien ponderado «plan profesional» que instituyera la Segunda República Española—, Bernier, único profesor de la Escuela Aneja con titulación superior, fue moralmente obligado a impartir las clases de inglés que exigía el referido plan de 1967. Formamos parte del mismo claustro durante algunos años y fui testigo del noble interés que se tomaba en favor de unos alumnos a los que, nuevamente y desde el «plan profesional», volvía a exigírseles la titulación de los bachilleres para ingresar en las Escuelas Normales.

A Juan se le veía feliz entre alumnos universitarios, entre aquellos jóvenes que asistían, aunque un tanto escépticos, a una nueva revalorización de los estudios de Magisterio.

Por entonces salíamos frecuentemente al campo, recorriendo veredas provinciales, y derramaba sobre ellos —sobre nosotros sería más exacto— verdaderas lecciones de vida. El pago de Ballesteros en mi pueblo natal, la «Aljabara» de Spínola o la de Cárdenas en el término de Hornachuelos, fueron repetidos escenarios de sus magistrales enseñanzas. María del Carmen Spínola, Argimiro Vergara, Joaquín Cabanás, Pilar Tuñón y tantos otros aprendimos el lenguaje del subsuelo, a catar vinos, a pronosticar el tiempo atmosférico, a entender a los gitanos aceituneros en sus saraos y a tantas cosas más.

Pero un día Juan se jubiló. Se alejó de la Aneja y de la Normal y sentó cátedra en la calle, en el bar, en la terraza..., en la vida en suma.

Tuvo tiempo, mucho tiempo, para dedicarse con unción a la arqueología. Y así fue llamado a otro magisterio. La Universidad que empezaba lo nombró profesor colaborador en la materia, distinguiéndolo con ese título honorífico.

Sirvan estas líneas de homenaje póstumo a quien pudo desarrollar su destino vocacional de poeta y de arqueólogo porque fue antes y sobre todo el profesor Juan Bernier.

Joaquín CRIADO COSTA

*